

**«Los deportistas están
poco cultivados, y los
hombres cultivados
son poco deportistas.
Yo soy una excepción.»**

Pier Paolo Pasolini

**Sobre
el deporte**
**Pier Paolo
Pasolini**

Edición de Javier Bassas Vila

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Javier Bassas Vila

Diseño y maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Junio de 2015

© 2015, Contraediciones, S.L.

Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª

08017 Barcelona

contra@contraediciones.com

www.editorialcontra.com

© Pasolini Estate, de los artículos incluidos en esta antología

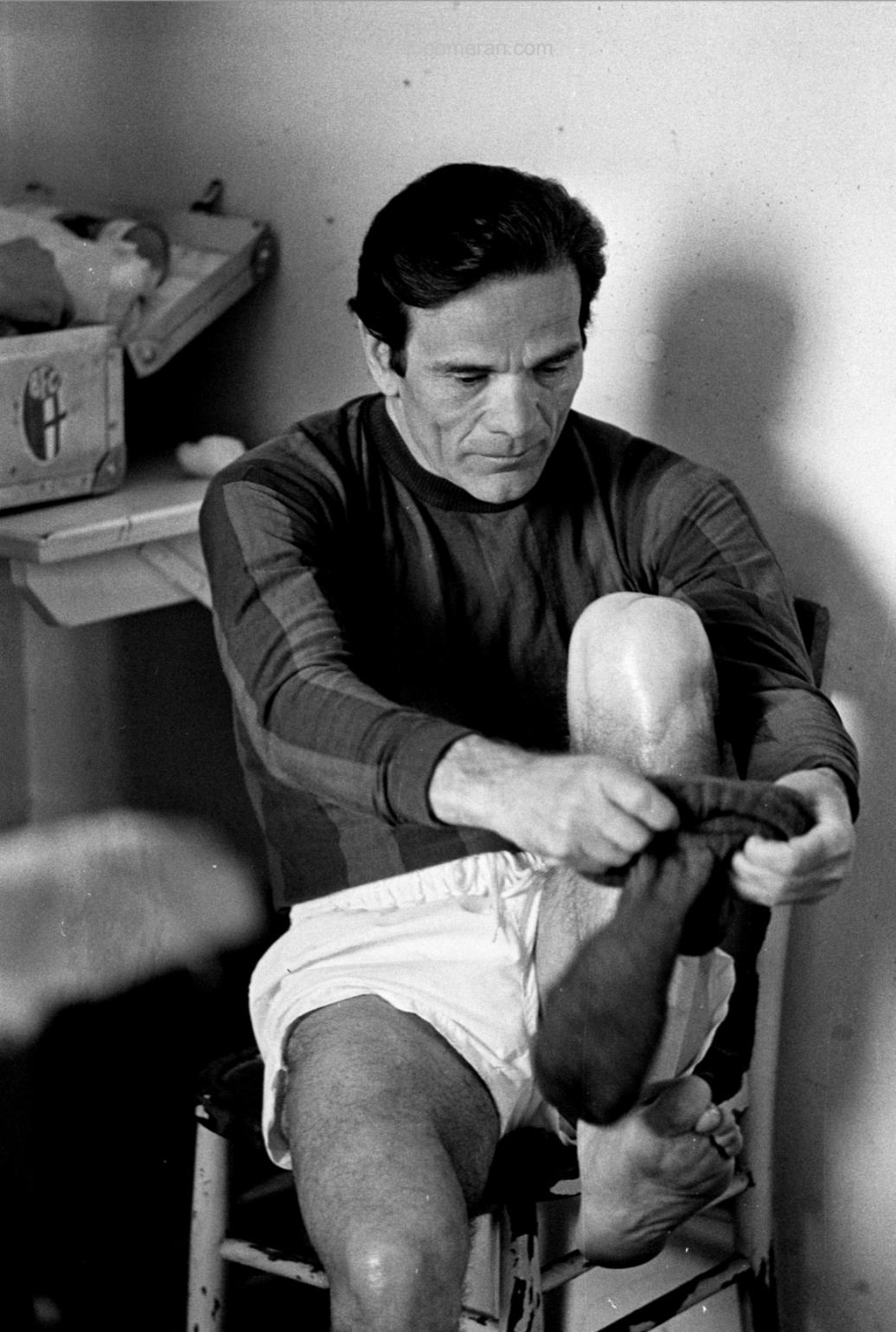
© 2015, Javier Bassas Vila, de la traducción, prólogo y postfacio de este volumen

ISBN: 978-84-944033-1-6

Depósito Legal: DL B 14.529-2015

Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.



Prólogo P.9

Fútbol

«El muerto apestará toda la semana» P.15

(*L'Unità*, 28 de octubre de 1957)

«Reportaje sobre el Dios» P.20

(*Il Giorno*, 14 de julio de 1963)

De Encuesta sobre el amor P.37

(1964)

«Salvadore y la paz en televisión» P.41

(«Il caos», *Tempo*, 4 de enero de 1969)

«En el estadio la pasión no cambia» P.43

(«Il caos», *Tempo*, 4 de enero de 1969)

«Deporte y cancioncillas» P.45

(«Il caos», *Tempo*, 29 de noviembre de 1969)

«La guerra de Troya continúa» P.48

(entrevista a P.P.P. *L'Europeo*, 31 de diciembre de 1970)

«En el espacio del mundo» P.52

(«Il caos», *Tempo*, 3 de enero de 1970)

«El fútbol “es” un lenguaje con sus poetas y sus prosistas» P.54

(*Il Giorno*, 3 de enero de 1971)

Boxeo

«Por qué Nino no me cae bien» P.65

(«Il caos», *Tempo*, 4 de enero de 1969)

«Benvenuti no sirve para nada» P.67

(«Il caos», *Tempo*, 25 de enero de 1969)

«Espejo del domingo» P.72

(Giovanni Arpino, *La Stampa*, 2 de febrero de 1969)

«Arpino, Benvenuti y el deporte» P.74

(«Il caos», *Tempo*, 22 de febrero de 1969)

Ciclismo

«La cara de Merckx» P.81

(«Il caos», *Tempo*, 10 de mayo de 1969)

«Las victorias de Merckx son escándalos» P.83

(«Il caos», *Tempo*, 7 de junio de 1969)

«Traicionó los patines por la bicicleta» P.87

(*Vie Nuove*, 10 de septiembre de 1960)

Olimpiadas

«Olimpiadas de Roma, 1960» P.95

(*Vie Nuove*, 30 de julio de 1960)

«Un mundo lleno de futuro» P.97

(*Vie Nuove*, 3 de septiembre de 1960)

«Drama en el filo» P.104

(*Vie Nuove*, 17 de septiembre de 1960)

Epílogo P.111

«El deporte, religión de nuestro tiempo»

(entrevista a P.P.P. *Guerin Sportivo*,
5-11 de noviembre de 1975)

Postfacio P.121

«Deporte y revolución», por Javier Bassas

PRÓLOGO

Escritos entre 1957 y 1971, los textos reunidos en esta edición demuestran claramente que el antagonismo entre cabeza y músculo, proclamado cual mandamiento por la mayoría de epígonos del mundo de las humanidades, se desvanece en la vida y la obra de Pier Paolo Pasolini. En efecto, el que fuera uno de los pensadores italianos más profundos y cáusticos de posguerra jugaba frecuentemente al fútbol con tanta asiduidad y pasión como la que manifestaba como espectador del *calcio*, el boxeo o el ciclismo. Su actor fetiche, Ninetto Davoli, nos lo recuerda:

[A Pasolini] Lo llamábamos «Stukas» por su típica manera de lanzarse por el lateral y su ardiente carrera. En los partidos que jugábamos, era siempre él quien estaba en mejor forma. Tenía un físico perfecto, vigoroso, nunca con un kilo de más. Cuando jugaba a pelota, era como un niño, como uno de nosotros. El fútbol era su deporte preferido, después estaba el boxeo, incluso si no frecuentaba el ring tanto como los estadios.

Como futbolista amateur, Pasolini no siempre era juzgado tan positivamente, aunque todos coinciden en su garra y destacan su buena forma física, su cuerpo atlético. A lo largo de toda su vida, P.P.P. practicó su pasión futbolera en innumerables encuentros. Sus diarios, sus poesías y los textos que se recogen en esta edición nos ofrecen recuerdos tanto de los partidos que jugó durante su etapa universitaria o con jóvenes amigos subproletarios, de los que a buen seguro admiraba la vitalidad de los cuerpos, como también de otros partidos donde lo que estaba en juego parecía ser algo más. Se cuenta, por ejemplo, que el 16 de marzo de 1975 tuvo lugar un mítico encuentro en el campo del Parma AC. Era domingo y se enfrentaban dos escuadras muy diferentes: por un lado, once hombres equipados con el uniforme del Bologna FC, amateurs ardientes, con Pasolini al frente; un combinado del equipo de rodaje de *Saló o los 120 días de Sodoma*. Por el otro, capitaneados por Bernardo Bertolucci —antiguo asistente del mismo Pasolini y cineasta ya entonces de reconocido prestigio—, una escuadra de hippies desmelenados ataviados con motivos psicodélicos del equipo de rodaje de *Novecento*. Se desconoce si el partido se celebraba realmente con ocasión del trigésimo cuarto cumpleaños de Bertolucci o si se trataba de una manera, propuesta por P.P.P., de dirimir ciertas diferencias entre uno y otro director, cuyas postulados estéticos se habían ido alejando progresivamente. Se dice también que el director de *El último tango en París* tomó a mal las críticas que el director de *Saló* le había dirigido respec-

to a esa misma película, estrenada en 1972. Sea como fuere, los datos que nos han llegado apuntan una clara derrota del equipo de Pasolini (5-2, 4-2 o ¿19-13?), que seguramente se quedó con ganas de revancha.

Por otra parte, como hincha y espectador de eventos deportivos, Pasolini se mantendría fiel al equipo de fútbol de su ciudad natal, Bolonia, durante toda su vida. Aun viviendo posteriormente en la capital italiana y disfrutando de los derbis Roma-Lazio, P.P.P. no olvidaría jamás esos primeros años de su existencia como *tifoso* del equipo boloniese en la que fue quizá su época dorada: el Bolonia ganó el *scudetto* en 1925, en 1929 y luego, durante tres temporadas seguidas, de 1936 a 1939.

Pasolini podía animar a su equipo o a sus atletas favoritos con tanta vehemencia como el más apasionado jovenzuelo de ciudad o de sus queridas *borgate* (los suburbios italianos), en cualquier lugar, ya fuera en el estadio mismo con Alberto Moravia y Elsa Morante o en una *trattoria* popular, como apuntan algunos textos que el lector no podrá leer sin asombro. Ahora bien, esa pasión por el deporte no excluía la reflexión. P.P.P. también se servía del deporte para realizar un estudio de la Italia de su época, como un medio para interpretar los cambios culturales y sociales del país. Con pasión y reflexión, los textos que se presentan en esta edición se sitúan entonces a medio camino entre, por una parte, la impetuosa crónica de circunstancia (sobre tal partido de fútbol o tal boxeador, por medio de una entrevista al flamante campeón olímpico de ciclismo en ruta o el relato de las mismísimas Olimpiadas celebradas preci-

samente en Roma en 1960, etc.) y, por otra, la crítica ideológica (análisis sociopolíticos de los *tifosi*, filiación política de tal deportista, relación entre comunismo y deporte en los años 60, la historia de las Olimpiadas como historia del mundo y sus guerras, etc.).

Sobre el deporte recoge textos inéditos en castellano, que se han dividido en cuatro secciones: una primera sobre el fútbol, luego sobre el boxeo, sobre el ciclismo y, finalmente, sobre las mencionadas Olimpiadas de 1960. Se completa la edición con una intensa entrevista al mismo Pasolini que se publicó tres días después de su asesinato, perpetrado el 2 de noviembre de 1975 entre la playa de Ostia... y un campo de fútbol.

El postfacio redactado por quien esto escribe se presenta, conclusivamente, como un espacio en el que se invita al lector a desarrollar, cuestionar y sobre todo actualizar ese *ejercicio* crítico que P.P.P. hizo en su momento y que hoy nos toca realizar a todas y todos.

Con Pasolini, hablar *sobre el deporte* no es tan solo hablar sobre el ganador del *scudetto* de tal temporada futbolística o del Mundial, sobre un combate de boxeo o sobre el devenir de un ciclista olímpico, sino también y sobre todo adentrarse en el lenguaje del deporte y en las entrañas de nuestros cuerpos, de nuestras ideologías, de nuestros triunfos y de nuestras derrotas como individuos, como equipo, como sociedad.

Javier Bassas

Fútbol

«El muerto apestará toda la semana»

No soy de la Roma, ni tampoco de la Lazio. «Soy del Bolonia.» Dejo así imaginar el ánimo con el que escribo estas líneas. Pienso en los *tifosi*¹ boloñeses, mis correligionarios. El asunto es trágico: lo veo aquí, en la cara de los seguidores de la Lazio. Uno no puede dejar de sentir cierta simpatía por los vencidos: los vencedores me lo concederán...²

El espectáculo habitual. Los colores más bellos eran los de Roma: el azul del cielo de octubre y el verde de los pinos formando hileras por las laderas antiguas. Y en cuanto al deporte, en cambio, ni azul ni blanco ni rojo ni amarillo. Mucho gris, eso sí, el gris del aburrimiento,

1. Para que resuene la especificidad de los seguidores italianos, optamos por dejar el término italiano bien conocido: «*tifosi*» en plural y «*tifo*/*tifoso*» en singular para designar a los hinchas de fútbol. [Las notas provienen de diversas fuentes: de la edición italiana, de la edición francesa y del mismo traductor.]

2. Pasolini se referirá aquí a un derbi memorable entre la Roma y la Lazio, que tuvo lugar el 27 de octubre de 1957 con un resultado de 3-0 a favor de la Roma.

del miedo, de la incertidumbre. Bah... ¡como siempre!

Esos jóvenes que juegan cada domingo se sienten bombardeados por traumas de todo tipo: racionales por parte de los críticos, pasionales por parte de la multitud y una mezcla de uno y otro (para ir tirando) por parte de los entrenadores. Aun así, cada domingo llegan al campo para demostrar que el juego es, en cualquier caso, un concepto.

Un concepto humano, histórico, terrestre: expuesto a todo riesgo, a toda negación y, naturalmente, a los súbitos ímpetus «inventivos» (como fue el último cuarto de hora de la Roma). Resulta entonces ser lo opuesto al hinch, que es, en cambio, una abstracción, una constelación fija, un dogma. Yo, por mi parte, soporto con gran pena al *tifo*, digamos, de tipo napolitano (aunque se sabe que todos los italianos son un poco napolitanos, incluidos los boloñeses). Como dice Benedetto Croce³, el *tifo* es un «pseudoconcepto». Fuente, pues, de errores, aberraciones y angustias.

¿Os habéis fijado alguna vez en los personajes de los anuncios? No sé, por ejemplo, un tipo que corre a toda velocidad (¡hasta quedarse sin aliento!) solo con sus piernas, mientras que la cara va por su lado, iluminada por la radiante sonrisa que es consciente de la calidad del brillo que lucen sus zapatos. El *tifoso* del tipo, digamos, napolitano es un poco así: lo sabe, está iluminado, qué beatitud la suya, por una especie de gracia.

3. Benedetto Croce (1866-1952) fue un filósofo, historiador, crítico literario y político italiano.

De nada sirven los razonamientos, y tanto menos las demostraciones y la experiencia de cada domingo ante la realidad del juego.

Él tiene una parte del cerebro (la principal) separada del resto, y solo es capaz, bajo esa iluminación carismática, de un único, fijo e inmutable pensamiento. Todo lo que está fijado y preconstituido genera inmovilidad: genera, pues, la máscara, la «caricatura». Esto es algo que humilla al hombre. Me da pena cuando veo a los *tifosi*, como digo, con la máscara, con sus pequeños asnos⁴, etc. No hay nada más angustiante que la aspiración al *panem et circenses*: pensad en Lauro...⁵

Afortunadamente, en Roma, los *tifosi* de este tipo no son muy numerosos: las únicas «máscaras» que se ven por ahí son, de hecho, los jovencuelos que llevan en la cabeza el sombrero de papel amarillo-rojo o blanquiazul, las camisas por fuera de los pantalones, la carita de malandrín especialmente vivaracha y, de vez en cuando, una bandera del «club de sus amores». Y también van cantando esa cancioncilla tan infantil: «campeones, campeones, oe, oe ooooo...»⁶.

Está claro que Roma es realmente una gran ciudad: la identificación del *tifoso* con su equipo no sublima

4. En el original, «*ciucciarielli*»: la mascota de los hinchas napolitanos es un asno.

5. Antiguo alcalde monárquico de Nápoles, conocido por su fasto y clientelismo.

6. En el original: «*li avemo imbottigliati, ooh, oh, ooh, oh. En nun ce vonno sta!*», que traducido literalmente sería «los hemos metido en una botella, ooh, oh, ooh, oh. ¡Y ahí no quieren estar!».

sentimientos estrechos, provinciales y localistas. Y, además, en el romano siempre está esa dosis de escepticismo y de distancia que le evita parecer ridículo. En el propio equipo no exalta las glorias de la ciudad, los méritos deportivos ni otras cosas tediosas de ese tipo: exalta la propia «marrullería». Y un «marrullero» es un «marrullero».

Todo esto respecto al *tifoso* popular. Y respecto al *tifoso* burgués... Bueno, es otra historia. Reaparece el provincialismo. Los recién inmigrados son conmovedores en este sentido: su amor por la Roma arranca lágrimas. La aman desesperadamente y gritan poco: engullen dolores y degustan sus alegrías en silencio. Y no olvidan fácilmente.

En cambio, los romanos, especialmente los jóvenes, siempre tienen la palabra a punto para definir al instante la idea y, con esta, superarla. Lo que más sufrimiento o alegría le provoca al romano, cuando pierde o gana su equipo, es la idea misma de los discursos que hará en el bar o en la barbería. ¡Por supuesto! ¿Acaso el marrullero se va a quedar callado? Y si gana, ¿acaso puede evitar la ironía —magnánima— con los vencidos? Fijaos en el Mozzone⁷, por ejemplo, que ha visto mi artículo anunciado en *L'Unità*⁸ y me ha tele-

7. «Mozzone» era el apodo de Sergio Citti, el diccionario andante del dialecto romano para Pasolini. Sergio Citti firmó junto a Pasolini los guiones de *Accatone* y *Mamma Roma*, y fue el ayudante de dirección de muchas de sus películas.

8. Periódico fundado por Antonio Gramsci en 1924 ligado históricamente al Partido Comunista Italiano.

foneado inmediatamente desde Torpignattara⁹ para decirme: «Eh, Paolo, ¿ni se te ocurra decir algo malo de la Roma!». Luego lo vi con sus amigos, el Patata y Giancarlo, junto al obelisco de Mussolini: pasiones y alegría se daban por supuestas. Él lo definió y arregló todo rápidamente con dos frases, cuando ya veíamos la cúpula de San Pedro: «Escribe en el artículo —me dijo— que el muerto todavía apestaba cuando salimos del estadio. ¡Y apestará toda la semana!».

L'Unità, 28 de octubre de 1957

9. Un barrio de Roma.